



# ¿Has oído hablar de la ciudadanía universal?

Por Juan Carlos Carmona Sandoval

**Desde la Antigüedad**, diversos sectores de las sociedades han tratado de dar explicación racional a la realidad que viven, tanto en lo que se refiere a la naturaleza como a lo que ocurre en el ámbito social. Los mitos y leyendas fueron algunas de las primeras formas para intentar dilucidar esta realidad; en ellas se cuenta cómo surgieron los primeros seres humanos y quiénes fueron los primeros en ser parte de una tribu (mitos primigenios). A veces, esos relatos, sistematizados por algún pequeño grupo de personas, dieron lugar a religiones, que son visiones del mundo más o menos estructuradas, cuyos creyentes generalmente participan en determinados ritos mediante los cuales entran en contacto con la experiencia de lo divino, lo sagrado, lo inexplicable o las fuerzas sobrenaturales.

En esta visión mágica, mítica o religiosa de la realidad no es necesario demostrar racionalmente las ideas que la configuran, sólo hace falta que los feligreses crean en la cosmovisión que se les impone generalmente desde el nacimiento, o bien que cuando ya sean grandes se adscriban a ella, en la cual toman por cierto lo que autoridades del credo establecen como verdad. En esas comunidades opera siempre un sentido de obediencia y respeto irrestricto que favorece la cohesión social de la comunidad; esto deriva, muchas veces, en falta de comprensión, miedo o agresividad hacia los que dudan o de plano no creen en las mismas verdades que la mayoría de los miembros del grupo, pues, en el fondo, la disidencia se percibe como peligrosa para la preservación de la unidad colectiva.

Sin embargo, existe otra tradición cultural en la que toda afirmación debe ser examinada por la razón; todo conocimiento debe ser probado, demostrado y confirmado según cierto método para ser reconocido como verdadero, aunque sólo sea una explicación provisional; descubrimientos posteriores podrían modificar los alcances de lo ya reconocido, e incluso podrían demostrar que una primera aseveración en realidad no es tan cierta o no es cierta en absoluto. Esta última forma

nos conduce a poner recurrentemente en duda lo que sabemos o creemos saber sobre el mundo, así como sobre nuestros semejantes y sobre nosotros mismos.

En esta perspectiva racional del conocimiento, las personas deberían estar más abiertas a las opiniones que no coinciden con la suya; se considera que nadie tiene la verdad absoluta y que toda verdad siempre puede ser puesta a prueba, ya como ejercicio intelectual o teórico, ya para resolver algún problema concreto. El filósofo griego Sócrates llamaba a esta visión 'vida en examen', noción que luego fue continuada por Aristóteles como 'ciudadanía reflexiva', y por los estoicos griegos y romanos; estos últimos postularon que la educación debería servir para liberar la mente de la esclavitud de los hábitos y las costumbres, pues para tener una idea del mundo más ajustada a la realidad, cabe decir, más verdadera o más objetiva, era necesario



Fotos: Lázaro Hernández

# SIN IMPORTAR CÓMO ORDENAMOS NUESTRAS LEALTDES, SIEMPRE DEBERÍAMOS ESTAR SEGUROS DE RECONOCER EL VALOR DE LA VIDA HUMANA EN CUALQUIER LUGAR QUE SE MANIFIESTE

**Martha Nussbaum**

formar personas que pudiesen actuar “con sensibilidad y agudeza mental como ciudadanos del mundo. Esto es lo que quiere decir Séneca con el cultivo de la humanidad” (Nussbaum, 2005: 27).

Más tarde, esta noción de ‘ciudadano del mundo’ fue retomada en Inglaterra por filósofos como David Hume y Adam Smith; por Immanuel Kant, en Alemania, y por Thomas Paine, en Estados Unidos. Recientemente, la filósofa estadounidense Martha Nussbaum recuperó el concepto para orientar su descripción de la universidad humanista. Apuntó que la ciudadanía del mundo se puede entender de dos maneras; en sentido estricto, quien la ejerce, —según el ideal clásico—, sería alguien “cuya lealtad principal es para con los seres humanos de todo el mundo, y cuyas otras lealtades, nacionales, locales y de grupos diversos, se consideran claramente secundarias” (2005: 28). En un sentido más amplio o dilatado, se entiende que “sin importar cómo ordenamos nuestras lealtades, siempre deberíamos estar seguros de

reconocer el valor de la vida humana en cualquier lugar que se manifieste, y de vernos a nosotros mismos como ligados por capacidades y problemas humanos comunes con las personas que se hallan a gran distancia de nosotros” (Nussbaum, 2005: 28).

Para formar estos ciudadanos en las universidades, sea cual fuere la carrera elegida, Martha Nussbaum propone orientar la educación hacia el desarrollo de cuatro habilidades: la destreza de realizar un examen crítico de uno mismo y de las propias tradiciones; la capacidad de reconocerse “no sólo como seres huma-



nos pertenecientes a alguna región o grupo, sino también, y sobre todo, como seres humanos vinculados a los demás seres humanos por lazos de... mutua preocupación”; la tercera es la ‘imaginación narrativa’, es decir, “la capacidad de pensar cómo sería estar en el lugar de otra persona, ser un lector inteligente de la historia de esa persona, y comprender las emociones, deseos y anhelos que alguien así pudiera experimentar”, y finalmente, la habilidad de comprender que “el saber científico es de primera importancia para lograr una ciudadanía inteligente” (2005: 29-30).<sup>1</sup>

## Referencia

Nussbaum, Martha C. (2005). *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Paidós.



**Juan Carlos Carmona Sandoval** es estudiante del Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la UAEM. Ha dirigido las revistas de divulgación *La Colmena* y *Polaris, la aventura de la imaginación*, y se interesa en estudiar textos modernos aplicando el método de análisis de la retórica antigua. Actualmente es trabajador de confianza en la UAEM.

